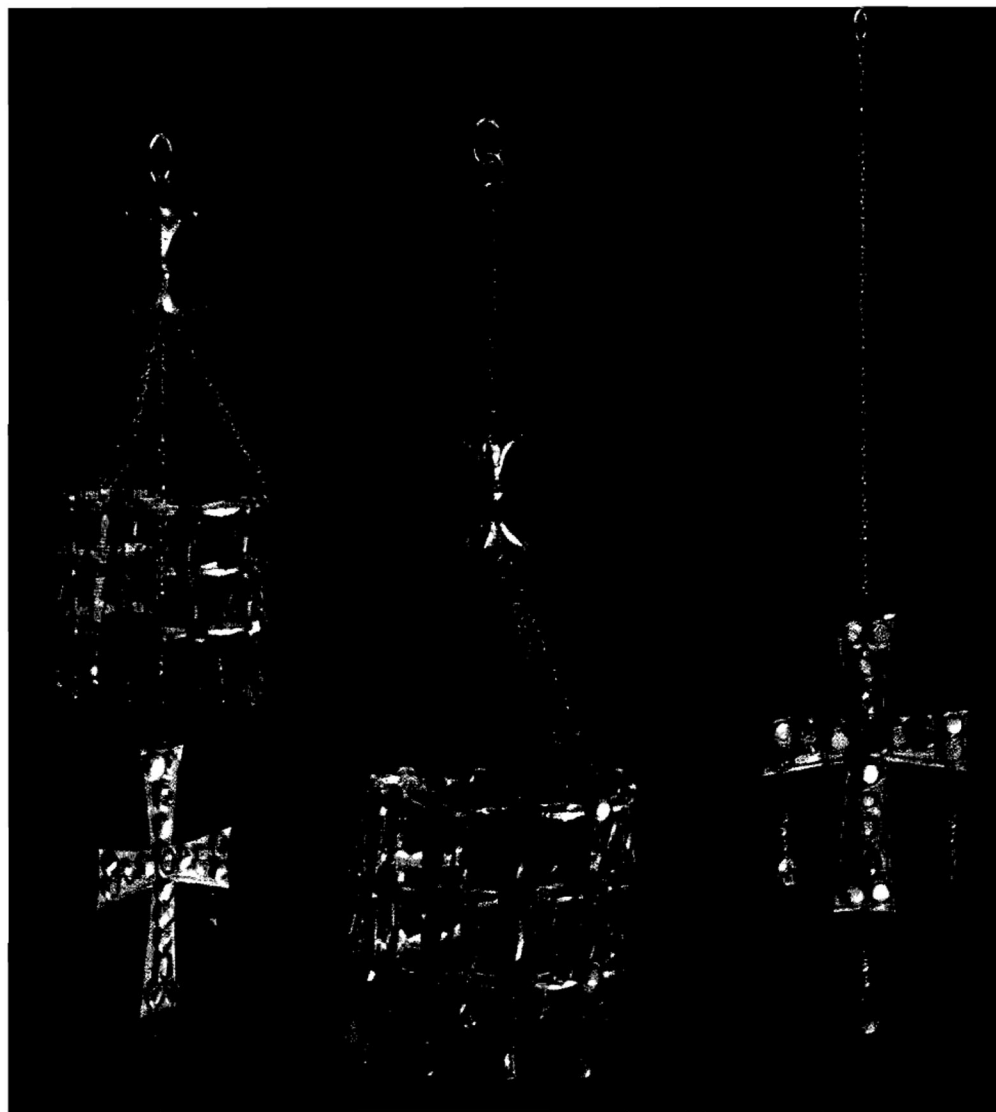


La letra perdida

El Tesoro de Guarrazar, una historia de hallazgos fortuitos, ventas, robos y acuerdos diplomáticos, salpicados de medias verdades, que componen una de las peripecias más sorprendentes del Arte español



PEDRO NAVASCUÉS PALACIO

*Catedrático de Historia del Arte
Escuela de Arquitectura de Madrid*

En una vitrina del Museo de Cluny en París, se conserva una letra muda que no es la H, sino la R de Recesvinto, rey visigodo cuyo nombre cuelga de una de las coronas del célebre *Tesoro de Guarrazar*. Esta corona y otros objetos de la

misma procedencia se pueden ver hoy en el Museo Arqueológico Nacional de Madrid, donde se echa en falta la mencionada letra R. ¿Qué une y qué separa aquel apéndice alfabético, huérfano en París, del conjunto madrileño?

La historia comenzó con el hallazgo casual de un tesorillo en las Huertas de Guarrazar, en el término de Guadamur, a pocos kilómetros de Toledo. Una tormenta de verano que corrió y lavó tie-

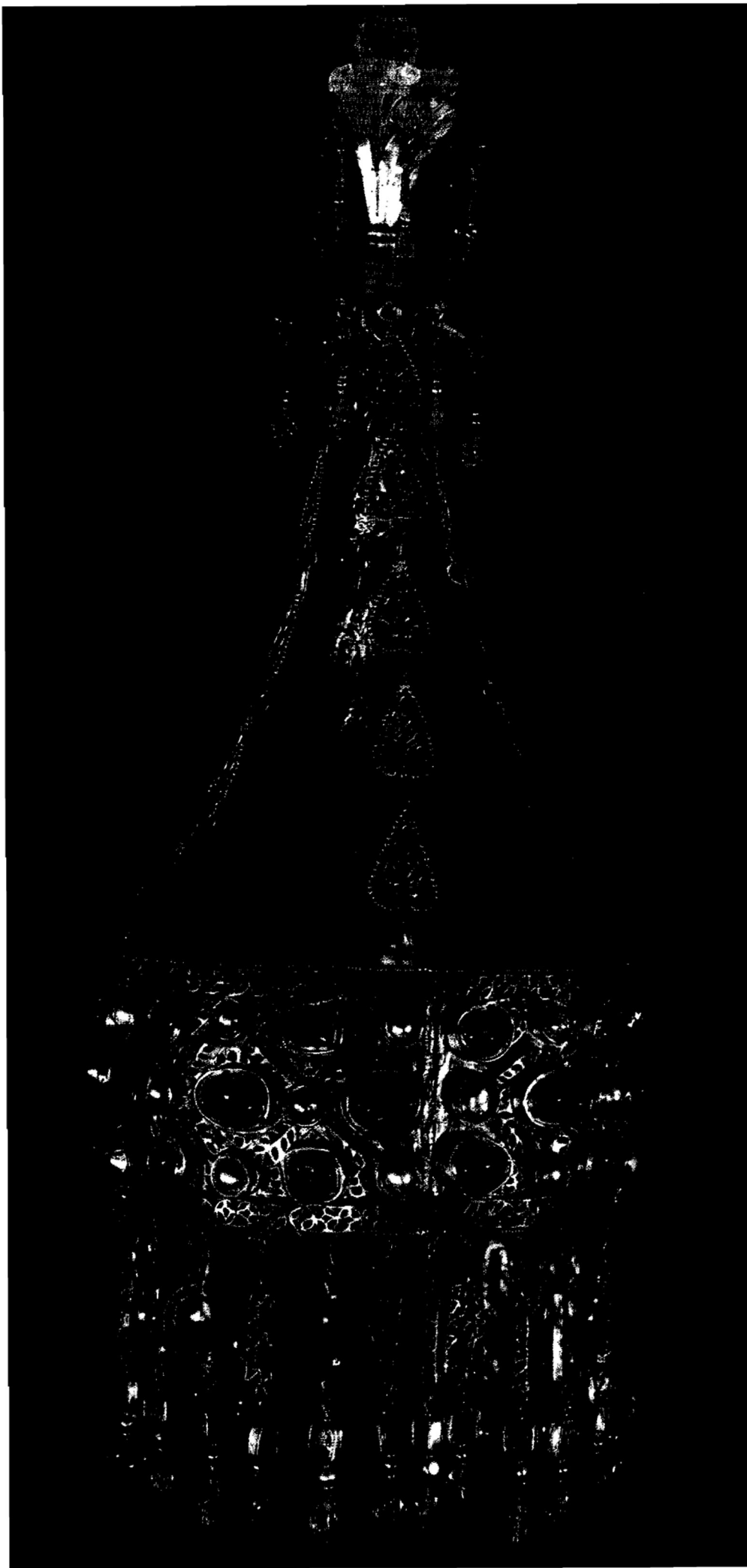
rras, dejó a la vista, el 25 de agosto de 1858, una suerte de enterramiento en el que Francisco Morales y María Pérez encontraron una serie de alhajas de oro, con perlas y zafiros engastados, que no dudaron en coger para luego venderlas en Toledo. Se enteró del descubrimiento el profesor de francés del Colegio de Infantería, Adolphe Hérouart, un retirado aunque despierto militar galo, que debió de adquirir o desviar parte de aquellas piezas hacia otro jubilado, pero no menos atento sujeto, José Navarro, que vivía en Toledo tras haber sido diamantista del Real Palacio de Madrid.

Hérouart hizo gestiones para adquirir aquel terreno, con intención de seguir buscando, pero otro individuo no menos avisado que los anteriores, Domingo de la Cruz, ya se le había adelantado, sin necesidad de comprar la tierra. En efecto, a los dos días del hallazgo se acercó por la Huertas de Guarrazar y localizó una importante colección de cruces y coronas votivas, entre las que destacaba la del rey Suintila. Pero Domingo de la Cruz, muy cauto, se guardó todo esto para sí, de tal modo que lo descubierto entonces permaneció en un relativo secreto.

No sucedió lo mismo con lo hallado anteriormente, pues el diamantista, intuyendo el valor del tesoro, no sólo el material sino el histórico-artístico, lo sacó de España en colaboración con el citado militar francés, habiéndoselo ofrecido primero a Inglaterra, pero adquiriéndolo definitivamente Francia, que pagó por las ocho imponderables coronas y cinco cruces de Guarrazar la cantidad de 100.000 francos.

En febrero de 1859, el Boletín de la Sociedad Imperial de los Anticuarios de Francia, daba a conocer esta adquisición destinada al Museo de Cluny, corriendo la noticia como la pólvora en tres direcciones: en el ámbito de los estudios medievales, en el de la diplomacia y en el judicial, a partir de la investigación abierta en España por el Ministerio de Fomento, para intentar esclarecer el escandaloso suceso, que llenó de vergüenza a nuestro país.

En efecto, en primer lugar, los estudiosos (Sommerard, Lavoix, Darcel,



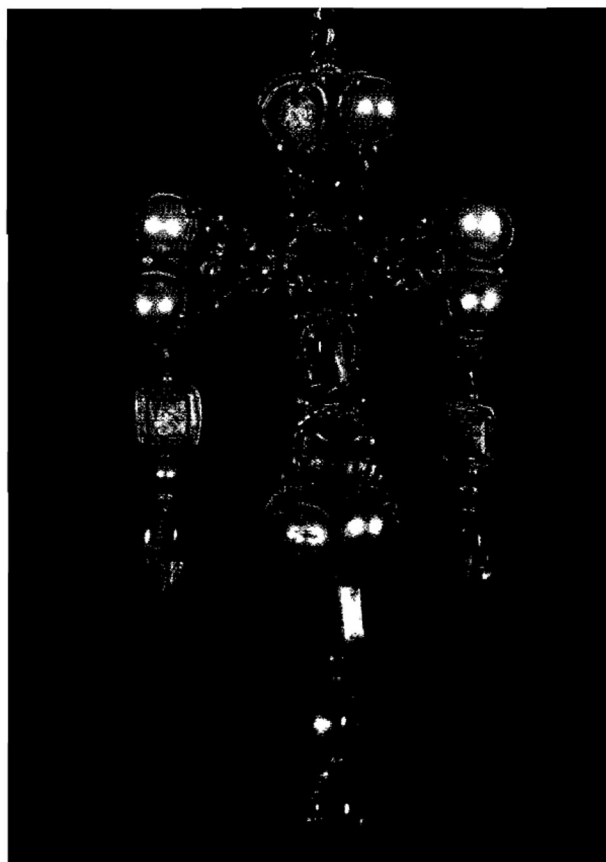
Dos imágenes de parte del **Tesoro de Guarrazar** que actualmente puede contemplarse en el Museo Arqueológico de Madrid. En la página izquierda, **coronas votivas y cruces**. A la izquierda, **corona votiva de Recesvinto**.

Lasteyrie, José Amador de los Ríos, Pedro de Madrazo, etc.) debían interpretar el conjunto, casar las letras hasta descubrir la lectura correcta de las coronas, estudiar las técnicas empleadas por los orfebres del siglo VII y averiguar la procedencia de las piedras y cabujones, que en nuestros días aún sigue deparando nuevas sorpresas, dado el lugar remoto de su origen.

Por otra parte, el Gobierno español, a través de su embajador en París, pretendió paralizar la venta, cuyo pago no había sido satisfecho todavía. Se intentó una mediación de la emperatriz Eugenia de Montijo, pero toda la acción diplomática, hábilmente boicoteada por Prósper Merimée, resultó fallida, de manera que el tesoro se quedó en el Museo de Cluny, cuya sala XXVI se llegó a conocer como la "sala de las coronas".

Entre tanto, en España todos se dolían de aquella acción, sobre la que se sembró un campo de mentiras, en el intento de evadir la culpa. Se movilizaron la Academia de la Historia, la de Bellas Artes, la Comisión Provincial de Monumentos de Toledo y, muy especialmente, el citado Ministerio de Fomento, que inició un procedimiento judicial, exhaustivamente estudiado por Luis Javier Balmaseda, en el empeño de esclarecer los hechos e intentar conocer el número exacto de los objetos hallados, pues se decía en Toledo que muchas piezas de la misma procedencia ya se habían fundido. La mejor prueba de que todavía había mas objetos procedentes de Guarrazar, es que en 1860, otra vez Hérourart, sacó de España una novena corona que el ministro de Estado francés, conde de Walewski, le pagó en marzo de 1861, como recoge Alonso Revenga en su estudio sobre esta cuestión.

Este último hecho recrudeció la atención sobre Guarrazar, tanto que muy bien pudiera haber sido el móvil



Todo esto se llevó al Palacio Real de Madrid, por estimar que su seguridad así lo exigía, pero de poco sirvió semejante cautela porque, el 4 de abril de 1921, unos individuos, bien aleccionados, se llevaron la obra más valiosa: la corona de Suintila. Los ladrones fueron apresados pero de la corona nunca más se supo. "Su desaparición constituye una tristeza nacional", escribía José Lázaro en *La época*, pues parecía pesar una maldición sobre el codiciado Tesoro de Guarrazar, tantas veces vendido, fundido, robado y disperso.

Cómo llegaron, entonces, algunas coronas al Museo Arqueológico de Madrid? La respuesta está en el convenio de "recíproca entrega de las obras de arte" firmado entre los gobiernos

de Franco y Pétain, en 1941. Sin duda, se trata de un aspecto que debe contemplarse en un marco de mayor alcance político, pues sólo así se explicaría el desequilibrio entre lo que España recibió y lo que España entregó. El hecho es que, convenientemente embaladas, llegaron por tren a Madrid seis de las nueve coronas de Guarrazar del Museo de Cluny, acompañadas de piezas tan excepcionales como la Dama de Elche o la *Inmaculada de Sault*, de Murillo, entre otras obras. Nosotros, a cambio, nos desprendimos de un retrato de *Antonio de Covarrubias*, del Greco; de otro de *Doña Mariana de Austria*, de Velázquez; y del cartón de Goya *La riña en la Venta Nueva*, además de una serie de dibujos franceses del siglo XVI.

Las coronas se instalaron en el Museo Arqueológico Nacional en 1943, donde se encontraron con otras piezas de Guarrazar que el Ministerio de Fomento había adquirido en los días de la pesquisa judicial, pero, en cambio, quedó olvidada o perdida la letra inicial del nombre de Recesvinto, que nada hace en París y que bien pudiera ser objeto de una sencilla reconsideración diplomática.

Otras tres imágenes del **Tesoro de Guarrazar**. Arriba, a la izquierda, **brazo de una cruz**; a la derecha, **colgante de la corona de Recesvinto**; abajo, **tres cruces** del mismo tesoro.

